

LOS INTELLECTUALES LATINOAMERICANOS Y LA OPOSICIÓN POLÍTICA: LA PRIMERA FASE (1810-1930)

Marcos KAPLAN

SUMARIO: I. *Planteamiento*; II. *El intelectual y la política: el prototipo originario*; III. *Los avatares latinoamericanos*, 1. *El contexto histórico-estructural: determinaciones y condicionamientos*, 2. *Cultura, política e intelectuales*; IV. *La transición hacia la crisis*.

I. PLANTEAMIENTO

Las relaciones entre los intelectuales latinoamericanos y la oposición política es parte de la más amplia temática de las relaciones entre los intelectuales y la política. La cuestión surge ante todo en la confrontación de diferentes definiciones del intelectual, y tiene ya una historia de varios siglos.

II. EL INTELLECTUAL Y LA POLÍTICA: EL PROTOTIPO ORIGINARIO

Existen por lo menos un concepto restringido y un concepto amplio del intelectual.¹ Para quienes —como el que escribe— adoptan un punto de vista amplio, son intelectuales todos aquellos que, en la división social del trabajo vigente en un espacio y momento histórico dados, se ubican y actúan como trabajadores no manuales, como profesionales y

¹ Dentro de la vasta literatura de análisis de los intelectuales, véase: Antonio Gramsci, *Los intelectuales y la organización de la cultura*, ediciones varias; Paul Nizan, *Les Chiens de Garde*, París, Maspero, 1960; Karl Mannheim, "The Problem of the Intelligentsia", en K. Mannheim, *Essays on the Sociology of Culture*, Londres, 1956; Louis Bodin, *Les Intellectuels*, París, PUF, 1962; Lewis A. Coser, *Hombres de ideas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1968; Raymond Aron, *L'Opium des Intellectuels*, París, Gallimard, 1968; Jean-Paul Sartre, *Plaidoyer pour les Intellectuels*, París, Gallimard, 1972; F. Bon, M. A. Bournier, *Les Nouveaux Intellectuels*, París, Seuil, 1971; *On Intellectuals*, editado por Philip Rieff, New York, Anchor Books, 1970.

especialistas en un aspecto o nivel de la organización de la producción y uso de cultura, de informaciones organizativas (conocimientos, ciencias, técnicas, lenguaje, sistemas conceptuales, simbología en general), y de reglas generativas (valores, normas, modelos de conducta, esquemas y programas para la estructuración y el despliegue de fenómenos y procesos sociales, así como la regulación de grupos e individuos).² En un sentido más restringido, sólo serían intelectuales los que adoptan algún compromiso ideológico o político, sobre todo de crítica y oposición al sistema imperante de que se trate.

Si la categoría social del intelectual parece haber existido, por lo menos en forma larvada o incipiente desde las primeras civilizaciones, el problema se plantea y despliega con dimensiones y significaciones crecientes a partir de la modernidad. Desde las postrimerías del Medioevo europeo, las universidades se van volviendo sede del intelectual como conciencia crítica de la sociedad y, por lo mismo, exiliado permanente en la medida en que ninguna sociedad realiza plenamente la libertad humana y el cuestionamiento del intelectual crítico resulta siempre políticamente inconveniente.³

En este Medioevo europeo, el intelectual logra de cualquier modo una situación más o menos satisfactoria, sobre todo como miembro de universidades. Dentro de los límites excluyentes de la herejía o del activismo político (Dante Alighieri, Marsilio de Padua), el intelectual goza de libertad. Puede exiliarse voluntariamente mediante el cambio de residencia. Comparte una cultura universal, cristiana y en latín, que reduce el significado de las diferencias nacionales. La transferencia de lealtades y residencias es posible por la coexistencia de universidades, cortes imperiales y reales, Iglesia y ciudades, que compiten por los servicios de extranjeros adiestrados en humanidades, ciencias y técnicas. El intelectual itinerante se vuelve normal durante largo tiempo.⁴

Los intelectuales se van implicando y son implicados —a favor o en contra de la conservación o del cambio—, en los grandes procesos y conflictos de la Modernidad, el Renacimiento y la Reforma, el ascenso del Estado nacional, el absolutismo monárquico y sus opositores, el liberalismo, el Siglo de las Luces, las revoluciones democráticas de Inglaterra, Estados Unidos y Francia, y a través de todos ellos su peso e influencia

² Para un tratamiento más amplio de este tema, véase Marcos Kaplan, *Estado y sociedad*, México, UNAM, varias ediciones.

³ Véase Franz Neumann, "The Intelligentsia in Exile", en Paul Connerton (editor), *Critical Sociology. Selected Readings*, New York, Penguin Books, 1976.

⁴ Véase G. Konrad, I. Szélenyi, *La Marche au Pouvoir des Intellectuels — Les Grands Pays de l'Est*, París, Seuil, 1979.

van en aumento, no sin ambigüedades, contradicciones y conflictos de todo tipo.

La formación y el desarrollo del Estado, de la conciencia nacional y de la noción de soberanía, el avance en la división del trabajo en el interior del aparato estatal, en correspondencia con el de la división del trabajo en la economía capitalista en emergencia, y con todo ello la diferenciación y especialización de las actividades cultural-ideológicas y políticas, contribuyen al incremento del número y la diversificación de los tipos de intelectuales; incluso una nueva especie de políticos profesionales contribuye también a crear una relación ambigua entre cultura y política, y entre el intelectual y el Estado.⁵

Así, por ejemplo, la secuencia histórica que en Francia se da con el absolutismo monárquico, la Revolución Francesa y los dos imperios bonapartistas, que se identifica con el desarrollo del Estado como institución-aparato-capas social, y con su intervencionismo y autonomización, hace surgir o cristaliza varios tipos de relaciones entre grupos intelectuales y Estado: el intelectual crítico-reformista, el jacobino, el científico al servicio del Estado, el "ideólogo", el intelectual contrarrevolucionario-restaurador.⁶ Más aún, desde el siglo XVIII en adelante, se van dando además las variedades del intelectual flotante, y las de los dirigentes y cuadros de movimientos y partidos: sociales, políticos, étnicos, confesionales, nacionalistas, populistas, socialistas reformistas y revolucionarios. Su naturaleza y sus papeles difieren según las relaciones que se establecen, no sólo con fuerzas y estructuras económicas, clasistas y sociales, sino también con las de tipo político y sobre todo con el Estado. A partir de ello, se pueden distinguir tipos como el intelectual tradicional y el orgánico, el especialista o experto del Estado y de otros poderes, el cancerbero de sistemas y regímenes, el aliado de los grupos dominados, el revolucionario contra los poderes establecidos...⁷

Por otra parte, el desarrollo del Estado y la afirmación de su soberanía suponen y refuerzan una separación entre aquél y la sociedad civil, entre la política y la cultura, así como la consiguiente posibilidad de tolerancia hacia las opiniones no prohibidas por ley ni perjudiciales al

⁵ Sobre el desarrollo del papel de los intelectuales y de sus relaciones con el poder político y el Estado véase notas 1 y 4, *supra*; Makhaiski, Jan Wacław, *Le Socialisme des Intellectuels*, París, Seuil, 1979; Gouldner, Alvin, *The Future of Intellectuals and the Rise of the New Class*, New York, Continuum, 1979.

⁶ Véase Marcos Kaplan, "Revolución francesa, Estado nacional e intelectuales", en *Bicentenario de la revolución francesa*, Instituto de Investigaciones Jurídicas, México, UNAM, 1991; y bibliografía allí citada.

⁷ Véase Pierre Birnbaum, *La Logique de l'État*, París, Fayard, 1982, especialmente primera parte, cap. 3.

Leviatán. Éste, sin embargo, no puede aceptar límites a su poder, y encuentra difícil, si no imposible, reconciliar su poder coercitivo y el orden con el que se identifica, con la libertad y el derecho. La posición del intelectual moderno nunca deja de ser ambigua. El nacionalismo legitimador de la soberanía estatal justifica exigencias irrestrictas a los habitantes y ciudadanos, incluso al intelectual que reivindica el derecho a la conciencia autónoma y al discurso racional y crítico. El conflicto entre soberanía estatal y conciencia crítica surge tempranamente, se proyecta hasta el presente en todo país, región y sistema. Se atenúa provisoriamente en épocas y lugares de liberalismo floreciente cuando, en un contexto de universidad libre, prensa independiente, pluralismo político, partidos en competencia, diversificación organizativa e institucional de la sociedad civil, el intelectual opera como productor y vendedor libre de sus productos en un mercado libre.

En este conjunto de problemas tiene un lugar destacado y un papel significativo la variedad del intelectual flotante, libre, desarraigado, que ha dejado de ser apéndice de la Iglesia, del viejo Estado, de la burguesía, y disfruta de las posibilidades del exilio interior y de la emigración. Aquél se vuelve estrato social, con espíritu de cuerpo y potencialidades de actor cultural-ideológico y político, pero paga por su *estatus* emancipado y por el ejercicio de su libertad un precio en términos de desarraigo, inseguridad, miseria bohemia. Su desarraigo en cambio lo sensibiliza y predispone a la apertura hacia nuevos y radicales paradigmas; lo hace disponible para los proyectos totalizantes de destrucción del mundo social y su reconstrucción desde la nada; para el servicio de los dirigentes carismáticos y los profetas redentores.⁸

Las sociedades contemporáneas, con la burocratización de ellas, del Estado, y del intelectual que se vuelve funcionario o servidor de algo o alguien, crean o amplifican las ambigüedades y las dificultades de la intelectualidad, amenazando con ello las posibilidades de la conciencia crítica y de la conducta política de oposición. Este proceso culmina con el Estado totalitario que exige, más allá del conformismo pasivo, el control total de las conciencias, las prácticas y los comportamientos de adhesión activa y proselitismo agresivo; degrada el pensamiento e impone la rendición incondicional o la emigración.

⁸ Ferenc Feher, "Redemptive and Democratic Paradigms in Radical Politics", en *TELOS — A Quarterly Journal of Critical Thought*, New York, Telos Press, núm. 63, 1985, pp. 147-156.

III. LOS AVATARES LATINOAMERICANOS: LA PRIMERA FASE

Estos tipos de relación entre intelectuales, política y Estado son transplantados a los países de América Latina; se interiorizan como fuerzas y estructuras con sus dinámicas inherentes; se desarrollan con una historia propia y una red de entrelazamientos e interacciones.

En la fase de la dominación imperial de España y Portugal, los impactos convergentes del absolutismo político metropolitano, de la situación colonial, del tipo de economía, de sociedad, de la cultura y, sobre todo, del control ideológico de la Iglesia, impiden que se desarrolle un estrato significativo de intelectuales con personalidades, actitudes y conductas de tipo crítico u opositor.⁹

1. *El contexto histórico-estructural: determinaciones y condicionamientos*

El peso cuantitativo y cualitativo, así como los papeles posibles de los grupos intelectuales se incrementan en cambio con la independencia y la organización nacionales. En ambos procesos, el Estado y las élites públicas (intelectuales, militares, eclesiásticas, políticas), son más productores que productos; son creadores de una nación a la que preexisten, actores primordiales en la estructuración y el funcionamiento de la economía, la sociedad y el sistema político. Uno y otras se autoconstruyen, se autodesarrollan, con una realidad y una lógica propias, con sus principios inherentes de determinación; se dotan de aparato, de institucionalización y de espacio autonomizado.¹⁰

El modelo de régimen político y de Estado que las élites públicas importan y adaptan, se superpone a una heterogeneidad de fuerzas, estructuras y prácticas tradicionales que en parte se someten, se modelan por él; aunque en parte lo rechazan o lo refractan y desvirtúan tanto en su funcionamiento como en sus resultados.

⁹ Sobre la América Latina colonial, véase Clarence Haring, *The Spanish Empire in America*, New York, Oxford University Press, 1952; J. H. Elliot, *Imperial Spain, 1469-1716*, New York, St. Martin's Press, 1966; H. H. Parry, *El imperio español de ultramar*, Madrid, 1970.

¹⁰ Véase Marcos Kaplan, *Formación del Estado nacional en América Latina*, Buenos Aires, Amorrortu, 1983; M. Kaplan, *Participación política. Estatismo y presidencialismo en la América Latina contemporánea*, San José de Costa Rica, Instituto Interamericano de Derechos Humanos-Centro de Asesoría y Promoción Electoral, 1985; J. L. Vega C., *La formación del Estado nacional en Costa Rica*, San José de Costa Rica, ICAP, 1981; Julio Cotler, *Clases, Estado y nación en el Perú*, México, UNAM, 1982.

Desde la independencia hasta el presente, el proyecto de incorporación al proceso mundial de modernización, los prototipos de economía y sociedad, de cultura, de Estado y democracia, el camino de desarrollo, provienen primordialmente de fuentes y de marcos de referencia exteriores. Han sido transplantados a los países latinoamericanos por sus élites dirigentes y grupos dominantes, desde algunos de los países desarrollados, e interiorizados como componentes nacionales. Proyectos, prototipos, realizaciones, han desplegado una historia y una especificidad propias, con sus entrelazamientos e interacciones; sus redes, constelaciones de fenómenos, formas y dinamismos. Han sido además anticipatorios respecto a las premisas y bases que deberían haber tenido, así como a los contenidos y resultados que pretendieron tener o prometieron lograr.

La incorporación al sistema económico-político mundial y a los patrones de división mundial del trabajo, convirtió a uno y otra en marcos de referencia impositivos y cambiantes, con el consiguiente peligro de desajuste y retraso. Se impuso y aceptó la restructuración interna de los respectivos países como un ajuste pasivo a las coacciones exteriores, para posibilitar la inserción en el sistema económico-político mundial, el crecimiento y la modernización interiores, la instauración del nuevo sistema de dominación.

La búsqueda permanente de caminos y soluciones mediante la importación de fórmulas y formas externas, ha llevado a subestimar o negar la importancia y la necesidad de producir internamente los prerequisites, los componentes y los resultados del crecimiento, la modernización, el cambio social, el Estado nacional, la democracia, la cultura, la ciencia y la tecnología. Los países latinoamericanos han carecido de las expresiones, las similitudes o las equivalencias del Renacimiento y de la Reforma religiosa, del Siglo de las Luces, del espíritu burgués y la empresa capitalista, de la sociedad civil, de la revolución democrática, del principio de ciudadanía, del Estado de derecho.

Modernización, Estado nacional, imperio de la ley, democracia, han sido siempre proyecciones anticipatorias y promesas incumplidas, completamente o en un grado significativo, por la carencia de reales prerequisites, componentes, proyecciones y mecanismos de refuerzo multiplicadores. El prototipo de democracia que las élites importan para aplicar se anticipa a la realidad y a la democratización. Aquél se irá intentando en oleadas sucesivas, con flujos y reflujos; con movimientos resultantes de inclusión y exclusión, ascensos y desbordes, reajustes y estabilizaciones, recuperaciones y regresiones.

Estas carencias acumulativas y autoperpetuadas han estado presentes incidiendo negativamente, hasta la época actual sobre los rasgos y moda-

lidades; sobre los logros de los desarrollos nacionales, del crecimiento irregular y la modernización superficial, del cambio y el conflicto sociales; sobre los patrones y contenidos de la cultura; sobre las formas y fases de la política y del Estado. La dependencia externa, los fuertes desniveles internos (socioeconómicos, culturales, regionales), la concentración del poder político, impiden o restringen la vigencia y los alcances del Estado soberano, de la participación popular, de la democracia representativa y del imperio del derecho.

Las élites públicas de intelectuales, políticos, ideólogos, profesionistas, administradores y militares, elaboran e imponen un modelo de Estado liberal-oligárquico que, en su formulación y en su práctica, despliega ambigüedades y oscilaciones entre el ser y el deber ser, la forma y el contenido, la intención proclamada y el resultado obtenido.

Las élites emancipadoras y organizadoras heredan una sociedad carente de las tradiciones y fuerzas, de las virtualidades y las realizaciones, de la democracia, del capitalismo, de la industrialización, de la diversificación pluralizante, de la sociedad civil en potencia o en emergencia. Asumen el poder político sin cambios estructurales, sin amplias bases sociales, sin legitimidad ni títulos válidos (salvo el derecho natural y la invocación al vacío de poder y al peligro de disolución, de la anarquía). Su poder se basa en la fuerza desnuda; en la continuidad y refuerzo del personalismo caciquil y caudillista; en el logro gradual del consenso por un sentimiento que los pocos imponen a la conformidad resignada de muchos.

Estado y élites públicas ejercen un poder constituyente ficticio, otorgado a una nación que aun no existe, o a un pueblo ausente o pasivo. Estado, élites y gobiernos carecen de legitimidad para expresarse y actuar como voluntad común; para definir y realizar el interés nacional; para adoptar y aplicar decisiones políticas, para ejercer el poder constituyente *por* y *para* una pluralidad de grupos, organizaciones e instituciones.

Dependencia externa, modelo adoptado de economía y desarrollo, sociedad polarizada y rígida, fracturas y desequilibrios de aquélla por desigualdades, tensiones y conflictos de todo tipo, ausencia de sociedad civil digna de ese nombre, concentración del poder en minorías y marginación de mayorías, ausencia de tradiciones y fuerzas favorables a la apertura de la participación social y política: todo ello converge y se entrelaza para restringir la vigencia de los principios de ciudadanía, de soberanía popular, de democracia representativa, de imperio de la ley y de Estado de derecho.

Elitización y oligarquización, monopolio de los medios de decisión y control en pocas manos, permiten combinar el respeto de las formas democrático-liberales y la desnaturalización práctica de sus principios, apli-

caciones y efectos. Ello se manifiesta sobre todo en lo referente al predominio del poder ejecutivo sobre el legislativo y el judicial, al triunfo del presidencialismo, a la débil y desigual vigencia de los derechos individuales (civiles, y sobre todo sociales y políticos), a la semificción del federalismo.¹¹

El sistema político emergente presenta los rasgos de una autocracia unificadora, de una democracia de participación restringida, o de una combinación de ambos tipos. Ello condiciona e incluso determina los caracteres y alcances del régimen constitucional-jurídico, de los derechos civiles, sociales y políticos, de los sistemas electorales, de los partidos, del grado de sometimiento del Estado al imperio de la ley; y también contribuye al surgimiento de un tipo particular de cultura e ideología dominantes, así como a la definición de la situación secundaria y el papel limitado de los intelectuales opositores.¹²

El poder de las élites oligárquicas crea —y es reforzado por— la inexistencia de partidos dotados de programas, organizaciones formalizadas y anchas bases. Los existentes, oficialistas u opositores, son partidos de notables, conglomerados de grupos personalistas y de clanes, que buscan asegurar el manejo de las maquinarias políticas (nacionales, regionales, locales). El aparato del Estado es, de hecho, el único o más importante partido viable y formal. Ambos se identifican como instrumento de las élites dirigentes y grupos dominantes; apoyan al presidente y a su camarilla; son estructurados y dirigidos por uno y otra.

La aparición y las proyecciones de los partidos opositores se ven limitadas por la lenta emergencia, la falta de organicidad y de autoconciencia de los grupos medios dominados; por la subordinación y marginalidad de las masas nativas y de los inmigrantes; por el carácter restrictivo del sistema político. Ello limita el surgimiento y el poder irradiante de nuevas élites políticas con posibilidades para organizarse, hacerse conocer en los sectores medios y populares y lograr su adhesión. Los partidos opositores aparecen inicialmente como fuerzas de crítica y resistencia al régimen, más que de dirección o de oferta de alternativas. Son débiles e inoperantes, o no constituyen una amenaza seria para las élites oligár-

¹¹ Véase Luis Carlos Sáchica, *El poder constituyente en Iberoamérica*, México, SECEP-UNAM, 1984; Karl Loewenstein, "La 'Presidencia' fuera de los Estados Unidos", en *Boletín del Instituto de Derecho Comparado de México*, México, UNAM, año II, núm. 5, mayo-agosto de 1949; *El predominio del poder ejecutivo en Latinoamérica*, México, UNAM, 1977.

¹² Véase Marcos Kaplan, *Formación del Estado nacional...*, cit., y *Participación política...*, cit.; *Proyecto y construcción de una nación (Argentina 1846-1880)*, selección, prólogo y cronología de Tulio Halperin Donghi, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1980; Luis Carlos Sáchica, *Constitucionalismo colombiano*, Bogotá, Temis, 1980.

quicas. Éstas conservan largo tiempo libertad de maniobra; no se ven inducidas por ningún desafío real a modificarse en sí mismas y en su condición política. Las pugnas entre grupos oligárquicos pueden desarrollarse sin que ello repercute en la estabilidad del sistema.

La unidad fundamental entre las élites oligárquicas, en efecto, no excluye competencias ni luchas personales de clanes o de grupos de intereses, por el logro y el reparto del poder, los cargos públicos, las concesiones, y los privilegios. Estos conflictos son resueltos por y dentro del Estado, de acuerdo a las alianzas internas y externas, a las cambiantes relaciones de fuerzas y a las vicisitudes de la lucha. Al respecto, pueden darse dos situaciones básicas: hegemonía casi completa de un grupo dominante sobre los otros; o equilibrio más o menos estable de fuerzas entre los distintos grupos y facciones, que se expresa en compromisos provisorios o duraderos.

En cualquiera de los casos, tiende a prevalecer el autoritarismo centralizador del presidente junto con su camarilla, que eligen y controlan a parlamentarios, gobernadores, dirigentes partidistas, altos funcionarios, jueces. Éstos, a su vez, manejan el electorado, seleccionan e imponen a los hombres adecuados para el parlamento, convalidan y ejecutan las decisiones de las élites de poder de las cuales son parte y apéndices. A este juego de fuerzas corresponden también los instrumentos, además de los mecanismos, para la selección y el reclutamiento de intelectuales dispuestos a ser cooptados, o para su discriminación marginalizante.

El gobierno se estructura y opera como coto de caza cerrado; los asuntos nacionales son manejados como problemas de familia, de clan, para servir a un círculo restringido de individuos e intereses. La corrupción político-administrativa, el favoritismo, el nepotismo y la arbitrariedad, son la regla general. Ello se manifiesta en el reparto de cargos públicos y posibilidades de enriquecimiento, en el uso de decisión, de manejo de dineros y bienes públicos, en la definición de las políticas (comercial, financiera, monetaria, crediticia, agraria, minera) para la acumulación privada de miembros y grupos de las élites oligárquicas.

Autocracia unificadora, democracia restringida... (o algún híbrido de ambas), el sistema político combina la fuerza desnuda y el consenso entre falsificado y real. El sufragio es suprimido o limitado por la violencia policiaca; los artilugios constitucionales, legales, la corrupción del sufragio y la anulación arbitraria de elecciones. La participación política es también limitada por la estructura económico-social y sus consecuencias, los bajos niveles de ingreso y alfabetización de las mayorías, su marginalización, su sometimiento a la manipulación de las élites, su propia heterogeneidad socioeconómica, la carencia de organización política autó-

noma. Los inmigrantes tienen una posición ambigua, con derechos civiles pero no políticos, obstaculizados en la nacionalización y en la participación electoral, preocupados por el éxito económico, no incorporados de modo permanente y activo a la vida nacional.

En general, toda la población urbana comparte el deseo general de progreso individual, por el enriquecimiento económico y el ascenso social, lo que contribuye a reducir o desviar la presión política de los sectores medios y populares. El manejo del Estado, de su presupuesto, permite incorporar y burocratizar a una parte de las capas medias, que permanecen así pasivas o predispuestas a otorgar su consenso a la hegemonía oligárquica. Los grupos intelectuales, profesionales y empresariales de las capas medias carecen de organicidad, madurez y autoconciencia en grado suficiente para elaborar una estrategia política alternativa a las de las élites oligárquicas, así como para proporcionar una dirección efectiva a los posibles movimientos populares.

El contexto estructural que condiciona las situaciones, tendencias y los papeles políticos posibles de los intelectuales, incluye también el perfil de la sociedad civil, la naturaleza y límites de la cultura, además de la ideología dominante.

Inexistente, o débil y subordinada al Estado, lo que podría pasar por sociedad civil se caracteriza por la imperfecta diferenciación estructural, la poca o nula autonomía de los subsistemas, el carácter incompleto de la secularización y la debilidad de la opinión pública.

El bajo grado de división del trabajo se manifiesta en la escasa diversificación de los actores (clases, grupos, individuos) así como de sus papeles; la poca especialización de estructuras y órganos, la reducida posibilidad de asunción por ambos de funciones primordiales y netamente determinadas. Actores y órganos asumen y confunden en sí varios papeles y funciones poco diferenciados. La lenta e incompleta secularización deja subsistentes relaciones, valores y normas tradicionales, contribuye a la acumulación y confusión de poderes; a su personalización en autoridades irracionales e incuestionables.

Los grupos primarios (de parentesco, étnicos, territoriales, religiosos. .) predominan por largo tiempo; se revelan mutuamente conflictivos, excluyentes, poco articulables en conjuntos orgánicos, carentes de autonomía, manipulables como clientelas de grupos elitistas y oligárquicos. Los grupos intermedios y las organizaciones secundarias (empresariales, sindicales, partidistas, culturales, ideológicas, de opinión pública. .) no existen o son débiles y de lento avance. Su inexistencia o insuficiencia impiden o retrasan la constitución de membresías de orígenes varios y amplias superposiciones; la integración en cuerpos colectivos con corrientes de

opinión; la movilización al servicio de causas y objetivos nacionales; la provisión de sostenes pero también de controles para Estados y gobiernos.

La fragmentación de opiniones y públicos, con predominio de una opinión gubernamental-oligárquica, en coexistencia con otras marginales o subordinadas, subterráneas o latentes, se proyecta en la heterogeneidad de visiones, ideas, valores y normas, con un bajo grado de integración. Se carece de formas, soluciones, reglas e instituciones del juego político, que sean comprendidas, aceptadas y aplicadas por todos o por la mayoría.

2. Cultura, política e intelectuales

Estos rasgos y tendencias de la política, del Estado, de la sociedad, a la vez presuponen, integran y alimentan la centralización y el autoritarismo; la acumulación y confusión de poderes; la personalización de la autoridad, el debilitamiento del parlamentarismo y de la administración de justicia, el sistema presidencial junto con su derivación al presidencialismo. Contribuyen también a la emergencia de un tipo de cultura e ideología dominantes.¹³

Los patrones culturales e ideológicos combinan rasgos provenientes de la estructura tradicional con otros determinados por la dependencia externa, el camino, el estilo de crecimiento, la modernización, la estratificación social, el régimen político y el papel del Estado.¹⁴

Los distintos sectores, rurales y urbanos, de las élites oligárquicas, sus entrelazamientos, ejercen una influencia que deriva de sus propias características así como del camino y el estilo de desarrollo que adoptan y aplican.

Los grupos agro-minero-exportadores proyectan e imponen sus patrones y actitudes de tipo señorial, paternalista. Despliegan un sentido de idolatría de la tierra, como fuente y manifestación de riqueza, poder y rango. Manifiestan su desprecio por el trabajo manual, la técnica, la industria, el riesgo, el sentido de empresa, el mercado interno. La cultura es considerada producto exótico, indigno de interés o protección, salvo sus formas superficiales y de ornato. Su sentido localista, su patriotismo

¹³ Véase Marcos Kaplan, *Formación del Estado nacional...*, cit., cap. V, 4 y 5.

¹⁴ Véase Juan F. Marsal, *Cambio social en América Latina. Crítica de algunas interpretaciones dominantes en las ciencias sociales*, Buenos Aires, Solar-Hachette, 1967; Aldo E. Solari, et al., *Teoría, acción social y desarrollo en América Latina*, México, Siglo XXI, 1976; Alejandro Korn, *Influencias filosóficas en la evolución nacional*, Buenos Aires, Editorial Claridad, sin fecha; José Luis Romero, *Las ideas políticas en la Argentina*, México, Fondo de Cultura Económica, 1949; Leopoldo Zea, *Filosofía de la historia americana*, México, FCE, 1978; Francisco Miró Quesada, *Proyecto y realización del filosofar latinoamericano*, México, FCE.

de campanario, inclinan al aislamiento y a la desconfianza hacia las innovaciones. Ello se combina paradójicamente con la desconfianza en las fuerzas internas, con la búsqueda de impulsos y recursos externos para el crecimiento.

Sectores urbanos de las élites oligárquicas y de las capas medias, en parte asimilan los patrones cultural-ideológicos de la oligarquía rural, pero también ejercen sobre aquélla una influencia modernizante, europeizante. Intermediaria entre el país, las metrópolis y el mundo, la ciudad se vuelve agente y canal de la penetración cultural e ideológica desde las metrópolis.

Europeización primero, como norteamericanización más tarde, aparece y funciona como interpenetración de culturas, *por* y *para* los países avanzados y las élites nativas. Parte del proceso de integración internacional en el cual el cosmopolitismo cultural y la alienación ideológica hacia lo foráneo terminan por prevalecer. El desarrollo de los países es identificado con su europeización. El culto fanático al progreso enfatiza sus aspectos puramente materiales: dinero, opulencia, poder. La civilización es concebida como importación mecánica y adopción servil de técnicas, ideologías, regímenes políticos, reformas legislativas y educativas, valores, patrones de consumo. La mentalidad de consumo predomina sobre la de producción, aunada a la adopción de fórmulas sobre la adquisición de métodos de conocimiento. En definitiva irá emergiendo como cultura una construcción intelectual híbrida, sin coherencia ni sentido nacional; una cultura importada que no refluye sobre sus bases internas para potenciarlas, sino que contribuye a frenar o debilitar su constitución.

La cultura del capitalismo liberal en ascenso, triunfante en los centros avanzados proporciona a las élites nacionales tanto el contenido como el marco de sus pensamientos y de sus acciones. Sus principales aportes son: algunas tradiciones revolucionarias de Francia y Estados Unidos; la industrialización, el librecomercio y el sistema institucional de Gran Bretaña; el constitucionalismo racionalista de Guizot y Constant; el utilitarismo jurídico de Bentham; la filosofía social de Saint-Simon y Leroux; el positivismo cientificista. De este bagaje heterogéneo se seleccionan, sin embargo, los elementos combinados de una democracia aristocrática y autoritaria en lo político, mas liberal en lo económico.

Por una parte, la democracia es concebida como gobierno de los mejores, que elimine o restrinja la participación política de las masas populares con la consiguiente anarquía. El prejuicio clasista y racista opera como ideología justificadora de la exclusión, la dominación y explotación de los grupos subalternos. La inmigración europea es concebida como operación regenerativa de la población nacional, aunque también sea

parte de la europeización cultural y de la restructuración de la fuerza de trabajo.

Del otro lado, un liberalismo económico asimilado indiscriminadamente lleva a la desconfianza hacia el Estado fuerte e intervencionista (sin perjuicio de controlarlo y usarlo para fines particularistas); más aún: a la subestimación de la administración y de su papel positivo en el desarrollo.

La producción y el control de la cultura y de la ideología se realizan por y para grupos minoritarios. Las mayorías nacionales son marginadas como protagonistas y beneficiarias del proceso cultural, mediante instrumentos como los grupos intelectuales, la Iglesia, la educación, la prensa.

Las élites oligárquicas desarrollan grupos intelectuales orgánicos en su propio seno, o por incorporación a partir de otros estratos nacionales e inmigrantes, al tiempo que utiliza categorías preexistentes de intelectuales tradicionales (Iglesia), promoviendo en ambos una creciente especialización. Ambos tipos de intelectuales influyen en las élites oligárquicas, llegan en parte a integrarlas, le proporcionan sus elaboraciones más extensas y complejas. Les dan homogeneidad, autoconciencia, una concepción del mundo que corresponda a sus intereses y a los del sistema, flexibilidad para absorber los cambios inevitables. Les aportan cuadros directivos —organizativos— en el Estado y la sociedad. La disponibilidad de intelectuales orgánicos tradicionales refuerza no sólo el prestigio sino también el poder de las élites oligárquicas, su incierta legitimidad y el relativo consenso de los grupos mayoritarios.

La Iglesia se presenta como reservorio de grupos intelectuales tradicionales, con el monopolio de funciones culturales e ideológicas, el papel de baluarte contra cambios o tentativas innovadoras, así como fuente de creencias, valores, actitudes y comportamientos que nutren el autoritarismo, la resignación, el conformismo, en desmedro del crecimiento económico, el cambio social o la participación política. La alianza de la Iglesia (sus grupos de intelectuales orgánicos) con las élites oligárquicas no excluye las tensiones y conflictos de aquélla con sectores liberales, especialmente urbanos, en torno a los problemas, exigencias de la integración internacional, la modernización y la secularización.

El peso de los grupos intelectuales de tipo orgánico tradicional impide o frena el surgimiento de otros nuevos, más independientes. Profesiones liberales, literatura, arte, ciencias, permanecen bajo el monopolio de las élites oligárquicas y de sus apéndices. Esta situación tiende, sin embargo, a irse modificando más adelante, a medida que, con el desarrollo, la es-

estructura socioeconómica va cambiando y nuevas fuerzas modifican el equilibrio tradicional.

Cultura e ideología en general, y el sistema educativo en particular, se van estructurando bajo el signo de una contradicción, entre las exigencias del crecimiento, la modernización y las condiciones creadas por la dependencia externa, el carácter desigual del desarrollo, amén del régimen elitista-oligárquico.

La dependencia externa de bienes manufactureros, la economía primario-exportadora, el atraso industrial, la mano de obra abundante, barata, desestimulan la diversificación productiva, la ciencia y la tecnología nacionales, el aumento de la productividad, el florecimiento de la creatividad cultural en todas sus manifestaciones. Cultura y educación privilegian un pseudohumanismo así como una seudofilosofía sin aplicación práctica; menosprecian lo manual, lo técnico, lo concreto; los prerequisites del crecimiento económico, del cambio social, la creatividad junto a la eficacia para conocer y transformar la realidad. El colonialismo mental se desinteresa por el estudio de los aspectos específicos o de las posibilidades potenciales de los respectivos países. Cosmopolitismo y alienación a lo externo rempazan la creación nacional por la recepción de una cultura para minorías, imitativa de las formas y contenidos provenientes de Europa o Estados Unidos. La mayoría de los miembros de las élites oligárquicas consideran la cultura como exotismo indigno de interés y protección. Esta situación se refleja tanto en la naturaleza como en las modalidades de la educación en todos los niveles.

La actividad del Estado respecto a la educación hace que se privilegie la búsqueda de soluciones para la escasez de maestros, la introducción de métodos de enseñanza, la creación o refuerzo de las universidades existentes y de otras nuevas (escuelas de nivel universitario, museos, academias e instituciones científicas).

La educación universitaria se organiza y funciona para las élites oligárquicas, o bien el estrato superior de las capas medias, de acuerdo a una estructura interna también elitista-oligárquica, como instrumento de hegemonía en el Estado y la sociedad para la satisfacción de los módicos requerimientos de profesiones liberales. Forma ciertos profesionales, a los que se les imbuye de un espíritu de subordinación hacia las élites oligárquicas, los intereses extranjeros, el sistema; sin olvidar la despreocupación por el bien común y el interés nacional. La especialización privilegia la producción de juristas, médicos, ingenieros y arquitectos. Los juristas son destinados a la provisión de soluciones para los problemas de la organización nacional; de soluciones a la lucha por la hegemonía; se les destina a realizar tareas del gobierno, a estructurar la economía

y la sociedad; a atender las relaciones con las metrópolis; a resolver los conflictos entre los grupos oligárquicos, así como entre éstos y las capas medias y populares. Los médicos deben cuidar la salud de las clases altas, crear y mantener condiciones mínimas para la reproducción del sistema, la productividad laboral y la recepción de inmigrantes o inversores extranjeros. Arquitectos e ingenieros deben tomar a su cargo la realización de viviendas suntuosas, obras públicas y de infraestructura.

La enseñanza universitaria es tradicionalista, autoritaria; inclinada al dogmatismo y la escolástica, desfavorable a la creatividad, a la iniciativa para el descubrimiento, a la invención o innovación. Los intelectuales que terminan por definirse como independientes, críticos, innovadores y reformistas, que llegaron a engrosar las filas de las oposiciones políticas en lenta y parcial emergencia, provienen en parte de las universidades. Encuentran en ellas, hasta cierto punto, la formación profesional, el empleo y la forma de vida; también integran parcialmente la categoría ya considerada de los "grandes pensadores".

El énfasis en la educación universitaria y, de modo limitado y subordinado, en la intermedia, va acompañado de una privación casi absoluta de educación no sólo para las grandes masas urbanas, sino inclusive para las del interior, postergado y colonizado. Una cultura oficial aristocratizante, divorciada del pueblo, no incorpora a sus elementos más talentosos y enérgicos. La cultura dominante se superpone a las subculturas populares y regionales, mantenidas en la subordinación, en la marginalidad.

Los intelectuales de oposición encuentran también bases de empleo e ingreso, canales de expresión en una prensa que se desarrolla bajo el estímulo de la integración internacional, de la urbanización, de la diversificación de las estructuras socioeconómicas y culturales; de las luchas políticas por la definición de la hegemonía y por la organización y control del Estado. Desde 1860 aproximadamente se comienzan a publicar diarios regulares en número considerable. En algunos de los países latinoamericanos, las élites oligárquicas y los gobiernos ejercen un monopolio casi total de la prensa. En otros, como Argentina y Chile, se mantiene una relativa libertad periodística. Pero la prensa está controlada de hecho por las élites oligárquicas, a las que pertenecen sus propietarios y sus principales redactores. Es necesaria para las luchas personales, de caudillos o caciques; de clanes en el seno de la propia oligarquía: se usa para combatir a sus enemigos. La prensa oficialista puede contrapesar a los pocos órganos opositores. Una prensa relativamente libre es necesaria en la propagación de la ideología liberal-oligárquica para difundir el pensamiento y el conocimiento sobre los movimientos económico-polí-

ticos de Europa y de Estados Unidos, que interesan tanto a los grupos dirigentes y dominantes como al sistema.

IV. LA TRANSICIÓN HACIA LA CRISIS

La situación y las proyecciones del intelectual en sus relaciones con la política y los movimientos opositores, comienzan a perfilarse más nítidamente en la etapa de transición que se ubica entre el "periodo clásico" de formación y el periodo de la crisis estructural permanente, es decir, entre los principios del siglo xx y el año fatídico de 1930. Dicha etapa se configura por la convergencia de modificaciones tanto en el sistema internacional como en el seno de los principales países latinoamericanos.¹⁵

En el primer orden de factores debe incluirse la segunda revolución industrial, científica y tecnológica;¹⁶ el ascenso del capital monopolista, la nueva fase del imperialismo, el replanteo del equilibrio de fuerzas entre las grandes potencias, entre Europa y el resto del mundo; la primera guerra mundial, la revolución rusa, la primera crisis colonial.

Las modificaciones internacionales inciden de muy diversas maneras sobre América Latina, entrelazando sus efectos desequilibrantes de lo interno con cambios producidos en el despliegue del camino-estilo del desarrollo adoptado durante el siglo anterior. El centro internacional se desplaza desde Gran Bretaña-Europa hacia Estados Unidos, en términos de comercio, inversiones, influencia cultural, diplomática y política. La estructura social se diversifica. Las economías primario-exportadoras han experimentado cierto crecimiento bajo el influjo del comercio exterior e inversiones extranjeras. Han progresado la división social y regional del trabajo, la urbanización, la industrialización primaria. Las clases medias se desarrollan, dando lugar a una coexistencia de sectores tradicionales y nuevos, relativamente diferenciados entre sí. Las masas populares urbanas aumentan ya en número, ya en peso específico, aunque con alto grado de heterogeneidad interna.

Un movimiento obrero organizado en sindicalismo de élites militantes se afilia a distintas variedades de los movimientos socialistas o anarquistas, a las que luego se agrega el impacto interno de la revolución rusa, el surgimiento de partidos comunistas, el prestigio predominante del modelo leninista de "partido de vanguardia", así como su legitimación del

¹⁵ Sobre la etapa de transición, véase Marcos Kaplan, *Formación del Estado...*, cit., capítulo 7.

¹⁶ Véase David Landes, *The Prometheus Unbound-Technical Change and Industrial Development in Western Europe from 1750 to the Present*, London, Cambridge University Press, 1969.

papel dirigente exclusivo del intelectual revolucionario en la dirección de las masas para la destrucción del sistema y la construcción de un nuevo Estado.

Este sindicalismo obrero combina reivindicaciones economicistas con proyectos más o menos radicales de transformación sociopolítica. Su presión coincide con la de las capas medias para contribuir a la emergencia de organizaciones defensivas, ofensivas, economicistas, sociales, culturales, y de expresiones políticas estructuradas, como los partidos socialistas o los radicales de capas medias y populares. El aumento de la importancia e influencia del sindicalismo obrero y sus expresiones políticas, encuentra dos tipos de respuesta por parte del Estado, combinadas a veces en los gobiernos conservadores, sobre todo en los radicales: *represión* (encarcelamiento, deportación, masacre) y *legislación*, que canaliza y controla el potencial político-social de los trabajadores urbanos y rurales.

La alianza expresa o tácita de las capas medias con los grupos populares se basa en la convergencia de intereses respecto al avance en el desarrollo, la participación política, la distribución del ingreso, la legitimación de oportunidades y los beneficios sociales. Las capas medias pueden ofrecer tanto al movimiento obrero como a las capas populares elementos que necesitan: intelectuales, dirigentes, cuadros ideológicos, organizadores, medios de difusión; para recibir de ellos votos y amplia base de maniobra. La relación de las capas medias con los grupos populares es asimétrica. Aquéllas cuentan con una superioridad de hecho frente a éstos en términos de poder económico, influencia social, nivel cultural y organizativo, disponibilidad de partidos políticos nacionales. Pueden así aprovechar la presión del sindicalismo obrero como base de maniobra e instrumento de negociación en sus relaciones y conflictos con las élites oligárquicas tradicionales.

La diversificación, la complejización de los actores, fuerzas y estructuras sociales, además de la intensificación y aceleración de los cambios, contribuyen a un aumento tanto del número como del peso de los grupos intermedios y las organizaciones secundarias, aunado a un refuerzo relativo del papel de la opinión pública. La presión convergente de capas medias y populares en favor de una participación ampliada se refleja en los cambios del clima cultural e ideológico. El camino-estilo tradicional de desarrollo dependiente, desigual, exhibe sus inconvenientes y límites; por otro lado, la confianza sobre el gran futuro predestinado es remplazada por la incertidumbre. Las capas medias y populares ya no asienten pasivamente, se predisponen más a la crítica o la impugnación, llegando a ejercerlas. Grupos de jóvenes intelectuales, menos dependientes

que sus predecesores, reaniman y reorganizan la vida cultural. Pasan de la literatura a la crítica sociopolítica contra el monopolismo, el materialismo, el escepticismo, la educación dogmática, la asfixia cultural, la opresión y la corrupción políticas; contra las élites oligárquicas, los grupos dirigentes y dominantes a quienes se responsabiliza por aquellos males. La guerra de 1914-1918, junto con la revolución rusa, revelan la quiebra del orden capitalista y de la ideología burguesa-liberal; sugieren asimismo la necesidad e incluso la posibilidad de grandes cambios. Las ideologías emergentes, aunque por lo general imprecisas e incoherentes, no carecen de impacto real ni de eficacia en la acción; incluyen como componentes básicos el nacionalismo, vagas metas de crecimiento económico, cambio y justicia sociales, consenso e integración nacionales, ampliación de la participación política, renovación institucional, intervención del Estado, reforma de la educación superior.

El equilibrio de poder y el sistema político varían considerablemente. Las capas medias demandan una participación ampliada, primordialmente para sí mismas y, de modo en parte real y en parte simbólico-manipulatorio también para las capas populares. El estilo tradicional de dominación se debilita. La ampliación de la democracia formal va acompañada por cierto énfasis nacionalista, algún progreso en la modernización, un reformismo gradualista compatible con el orden tradicional. La nueva constelación ideológica y el cambio en el equilibrio político se reflejan en el movimiento de la Reforma Universitaria; más generalmente en la emergencia de movimientos ideológico-políticos y de los gobiernos radicales de capas medias, o en los cuales éstas tienen injerencia considerable. Es el caso del *battlismo* en Uruguay, del *yrigoyenismo* en Argentina;¹⁷ del *alessandrismo* en Chile, de la revolución mexicana; del *tenentismo* y los orígenes del *varguismo* en Brasil; de la fundación y avance del *aprimismo* peruano.¹⁸

La Reforma Universitaria, iniciada en Córdoba (Argentina) en junio de 1918, representa una reacción contra la esclerosis del sistema educativo, contra la rigidez social y política del régimen elitista-oligárquico. Éste hace del monopolio cultural uno de sus instrumentos para conservar el poder; bloquea la mejoría de las posibilidades de empleo e ingreso, de *estatus* y prestigio, de participación política para las capas medias y po-

¹⁷ Véase David Rock, *El radicalismo argentino, 1890-1930*, Buenos Aires, Amorrortu, 1977.

¹⁸ Véase François Bourricaud, *Pouvoir et Société dans le Pérou Contemporain*, Paris, Librairie Armand Colin, 1967; Peter F. Klaren, *Modernization, Dislocation and Aprismo-Origins of the Peruvian Aprista Party, 1870-1932*, Austin and London, University of Texas Press, 1973.

pulares en general, así como para los nuevos grupos intelectuales en particular. Las aspiraciones del movimiento universitario encuentran fundamento ideológico, a la vez, en "las enseñanzas del 'novecentismo', la 'nueva sensibilidad', la 'ruptura de las generaciones'..." (Aníbal Ponce); y también en aspiraciones de anticlericalismo, antimilitarismo, democracia política, progreso social. El movimiento reformista extiende, mejora, las posibilidades educativas, culturales y políticas de las capas medias urbanas; resulta finalmente desvirtuado por los movimientos envolventes y de captación de las élites oligárquicas, por las limitaciones y falencias de sus dirigentes. No deja sin embargo de volverse fuente de posibilidades, canal de aspiraciones y realizaciones para los miembros del nuevo y creciente estrato de intelectuales; particularmente para su desempeño como intelectuales políticos, en circulación más o menos rápida entre la oposición, el *establishment* y el gobierno. Las proyecciones de la Reforma Universitaria se extienden además a otros países de América Latina, a nuevas políticas que se desarrollan a partir y más allá de sus orígenes, v. gr., el aprismo peruano.

En el proceso analizado, el Estado se modifica, en cuanto al reclutamiento de dirigentes políticos, de personal administrativo; a la estructura y modo de operación, a la atribución de mayores responsabilidades y funciones. Las *instituciones* tradicionales son modificadas, pero también se crean otras nuevas. La *legislación* aumenta en número y diversidad. Surgen moderadas restricciones al pleno juego de las estructuras e instituciones del capitalismo liberal (regulación del contrato, del mercado, de las relaciones laborales y derechos sociales, de la propiedad privada).

En lo referente a la *coacción social*, el Estado se presenta de modo más intenso y explícito como representante de la sociedad, árbitro de los conflictos entre clases y grupos. Limita el poder oligárquico tradicional y refuerza el de las clases medias. Canaliza, manipula y controla las clases trabajadoras y populares mediante una combinación de concesiones limitadas y de represión siempre presente. Las fuerzas armadas se profesionalizan y corporativizan cada vez más, van desarrollando una propensión al desempeño de un papel político propio en función tutelar de la sociedad y el poder civiles, con orientaciones conservadoras y reformistas.

El Estado amplía la oferta de *educación*, la proporciona, la garantiza con un sentido hasta cierto punto de integración nacional, equilibrio social, secularización cultural-política y apertura de oportunidades de todo tipo; de participación e incorporación al creciente estrato de intelectuales potencial o efectivamente opositores.

En sus funciones de *organización colectiva y política económica*, el Estado se inspira en motivaciones-concepciones nacionalistas y desarrollistas, combinadas con un sentido vagamente social que cristaliza sobre todo en una voluntad redistributiva. Defiende el patrimonio nacional contra la excesiva penetración extranjera; esboza un control de monopolios; promueve los recursos potenciales de cada país (naturales financieros, humanos); amplía y protege el mercado interno. A través de mejoras en el empleo, el ingreso y las condiciones de vida para las capas medias y algunos sectores populares urbanos, el Estado abre oportunidades económicas; provee servicios sociales para un público ampliado de las ciudades; desarrolla la ocupación burocrática pública y un nuevo sistema de patronazgo clientelista; otorga concesiones, contratos públicos, privilegios, a diferentes grupos; despliega cierto interés por la industria. Todo ello con más énfasis en la redistribución relativa de la riqueza existente que en la creación de una nueva.

Finalmente, el Estado redefine sus orientaciones y alianzas externas en función de los cambios en la economía y la política mundiales (decadencia de Europa, debilitamiento de la hegemonía británica, ascenso de los Estados Unidos), pretendiendo mayor autonomía en el manejo de las relaciones internacionales.

Estas tendencias se mantienen en parte, pero sobre todo se ven restringidas o modificadas, por dos órdenes de factores: 1) las limitaciones de partidos y regímenes de capas medias con apoyos populares subordinados y su búsqueda de compromisos con las formas tradicionales de dominación; 2) el impacto de las crisis y cambios, interiores y mundiales, que se suceden y entrelazan desde 1930, durante la fase que he denominado de *crisis estructural permanente*, cuyo examen excede los límites de este texto.

Cabe constatar, para concluir, que ya en la fase de transición examinada aparecen algunas de las principales categorías que subsisten, se amplifican, se perfilan y complejizan en la fase que cubre las últimas décadas. Entre ellas interesa destacar:

a) El intelectual al servicio del gobernante, del Estado y del sistema, para su defensa e ilustración, la apologética y la legitimación de la "autocracia civilizadora", el "gendarme necesario", de su encarnación en el "cesarismo democrático". Es el caso de los *científicos* del porfiriato mexicano, y su formulación más explícita y sistemática que se encuentra en el venezolano Laureano Vallenilla Lanz.¹⁹

¹⁹ Véase Laureano Vallenilla Lanz, *Obras Completas, t. I, Cesarismo democrático*, Caracas, Centro de Investigaciones Históricas, Universidad Santa María, 1983.

b) El intelectual crítico-reformista, a la búsqueda de una transformación progresiva de la sociedad y el Estado del propio país, de signo modernizante, sin actuación directa como protagonista político, mediante la influencia sobre quienes detentan el poder.

c) El intelectual como actor político con proyecto propio, primero bajo la inspiración del modelo *jacobino*, luego cada vez más de acuerdo al patrón altamente articulado e influyente del *revolucionario profesional* y el *partido de vanguardia* que Lenin formula en su decisivo libro *¿Qué hacer?* Una irradiación universal a partir del impacto de la revolución rusa, de la Unión Soviética como potencia nacional e imperial, y del sistema stalinista, con la correa de transmisión de los partidos comunistas, convertirá al modelo en patrón rector, no sólo para los partidarios y simpatizantes en sentido estricto, sino también para intelectuales politizados de filiaciones ideológicas y políticas divergentes u opuestas.

d) Los *intelectuales contrarrevolucionarios de la resistencia conservadora*, moderada o extremista, a los procesos de cambio, reforma y revolución que se dan, real o presuntamente, en la región. Ello incluye no sólo a los intelectuales contrarrevolucionarios de tipo tradicional, sino a los que comienzan a sufrir la influencia de la derecha radical francesa (v. gr., Charles Maurras) y, sobre todo, a los que van sucumbiendo a la fascinación del *fascismo* italiano que ya empieza a ejercerse en la década de 1920, para culminar en la de 1930.